

Jugando con un analista

Claudio Steckler

Jugando con un analista

Variaciones de la clínica psicológica con niños

 **Lugar**
Editorial

Steckler, Claudio

Jugando con un analista : variaciones de la clínica psicológica con niños / Claudio Steckler.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2022.

170 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-892-754-5

1. Psicoanálisis. 2. Clínica Psicoanalítica. 3. Psicoterapia Infantil. I. Título.

CDD 150.195

Edición: Mónica Erlich

Diseño de interior: Silvia C. Suárez

Imagen de tapa: acuarela de Daniel Ripesi

© Claudio Steckler, 2022

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-754-5

© 2022 Lugar Editorial S. A.

(C1237ABN) Castro Barros 1754

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4922-3175 / (54-11) 4924-1555

WhatsApp 11-2866-1663

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

lugareditorialdigital.publica.la

facebook.com/Lugareditorial

instagram.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

*In memoriam de mi papá,
Felipe, y de mi mamá, Betty,
por el amor incondicional,
por las historias mínimas
y por la simpleza de aquellos
días de siempre...*

Índice

Prólogo	
<i>Ricardo Rodulfo</i>	11
Introducción	15
Primera parte. Sinsentido	
Capítulo 1	
Matices transicionales en una secuencia de intervenciones con una niña pequeña y su madre	23
Capítulo 2	
Acerca de un niño que pide ser escuchado y su hermano: <i>¡bienvenido al intruso...!</i>	53
Capítulo 3	
Intertextualidad, secuencia, escritura. Una mínima situación en el suelo entre un niño, su madre y el analista	61
Capítulo 4	
¿Una pregunta sin respuesta?	69
Segunda parte. Lugares y espacios	
Capítulo 5	
¿Dónde trabaja el psicoanalista?	81
Capítulo 6	
El valor terapéutico de trabajar con padres en el psicoanálisis con niños	93

Capítulo 7

Breves reflexiones sobre lo traumático en el abuso de dos niños	103
--	-----

Capítulo 8

Garabatos de un adolescente en riesgo: la niña que no fue	113
--	-----

Tercera parte. Vulnerabilidad de un analista**Capítulo 9**

¿Empezamos de nuevo...?	127
-------------------------------	-----

Capítulo 10

Acerca del encuentro de un niño con un analista obstinado	135
--	-----

Capítulo 11

¿Qué tiene de terapéutico jugar?	147
--	-----

Capítulo 12

Cuerpo y experiencia. Sobre una secuencia que acontece durante el posquirúrgico de una niña pequeña. En una sala de juegos de un hospital de alta complejidad.....	159
--	-----

Bibliografía	167
---------------------------	-----

Agradecimientos

Casi a punto de soltar del todo los textos que me suceden, es el momento de citar algunas personas que me han animado ayudándome a sostener el deseo de producir el trabajo que aquí presento y, creyendo que lo que hoy es realidad –cuando aún todavía era un vago sueño–, podía llegar a ser posible: Juan Carlos Volnovich; Ricardo y Marisa Rodulfo; Adriana Franco; Mónica Rodríguez; Adrián Grassi; el centenar de pibes de varias decenas de jardines en los que trabajé durante tantos años y que me permitieron ser testigo de sus procesos de subjetivación y de sus trabajos psíquicos estancados, a su vez, dejándome ensayar intervenciones en la intertextualidad escolar, familiar y entre sus mismos pares, aspirando a mover algo de todo aquello obstruido; a mis queridos pacientes, que apostaron a nuestro trabajo siempre compartido y artesanal ofreciéndome con generosidad ser parte de sus vidas por algún tiempo; a las mamás y a los papás que me confiaron sus hijos haciéndome lugar en su cotidianeidad para *ayudarnos* a pensar siempre “en equipo” modos saludables de apertura a las subjetividades potenciales anquilosadas. A mis compañeros de cátedra y su cálida y siempre afectuosa amistad, con los que sigo aprendiendo casi todo el tiempo y... a mi querida familia por su tolerancia, humor y confianza: Claudia, Paz, Juan, Valentín y Lucas... Celebro con gratitud el haberme encontrado con todos ellos en este camino.

Prólogo

Ricardo Rodulfo

Aunque Claudio Steckler se autodefine como “psicoanalista inquieto” –y claro que lo es– este es un libro demorado, por lo menos demorado con relación a la capacidad de su autor, capacidad no solo en lo relativo a su formación profesional, capacidad también para la escritura, afinidad con ella, buena relación con ella. Entre otras cualidades de esta escritura, me gustaría resaltar una cualidad de invisibilización de todo lo que sea jerga tecnocrática o pomposidad conceptual, lo que hace que el libro que estamos presentando navega en un mar de conceptos entretejidos, pero no los hace notar, los hace ingresar a la cabeza del lector sin ostentación. Desde otro costado, esto me gustaría atribuirlo a que el psicoanalista en cuestión, que es Claudio Steckler, tiene un alma de poeta a la que no puede evitar, o un alma que asocia poesía y música. Leyéndolo, si uno se entona con el texto, no deja de escuchar una música suave y envolvente, de tono lírico, de tono lúdico, que perfuma las páginas y esto con la misma sencillez, una sencillez cuya genealogía es inevitable no remita a Winnicott. Entre Winnicott y Steckler, Steckler me coloca a veces a mí como puente, lo cual hace a un largo encuentro entre ambos, que el autor se explaya en algún momento al principio del libro. Y no es difícil reconocer las afinidades y las superposiciones.

Una cosa que me parece verdaderamente importante y que debería asegurarle una buena difusión a este libro es su decidida pertenencia a una nueva generación de psicoanalistas en Argentina, una nueva generación que probablemente solo podría

darse en nuestro país dado el desarrollo notable del psicoanálisis entre nosotros, con sus pros y sus contras, pero notable al fin. Una generación post en la medida no solo en que se distiende del repertorio más vetusto del psicoanálisis tradicional burocratizado, sino que se aleja con la misma resolución de esos efectos iano respecto de los cuales hace ya mucho tiempo Fernando Ulloa sabiamente nos prevenía. Es una nueva generación porque no hace capilla en un grupo cerrado dedicado a la práctica del autorreconocimiento circular. Sin ninguna alharaca, este libro es una práctica de independencia en más de un sentido, una independencia también fruto de una larga e intensa actividad clínica dentro y fuera del consultorio –como bien lo señala el autor–, lo cual rompe con una clausura escolástica del espacio donde es practicable el psicoanálisis, un punto en que Steckler se detiene para hacérselo pensar. Una práctica además, ya que se habla de variaciones sumamente variadas en cuanto al material humano que la sostiene. Me gustaría subrayar el elevado grado de elaboración en las relaciones entre teoría y práctica de la que el autor es capaz: la cosecha es una gran integración llevada a cabo capítulo tras capítulo, sin huellas de aplicación de conceptos desde afuera de esa práctica. El arte poético del autor hace que dichos conceptos parezcan nacer de ella, devenir de ella. Todo esto hace que cuando leemos el libro no es que quien lo escribe desea informarnos de todos los autores que estudió, nos cuenta como al pasar las huellas vivientes de todo lo que le supo preguntar a lo que leyó y a lo que estudió.

Sin duda, aprovechando el conocimiento personal que tenemos de él a través de muchos años de trabajo en común, este libro se presta para un elogio del perfil bajo, perfil bajo que aquí alcanza su plena estatura, pues lo único que queda abajo es lo que sería superfluo y meramente retórico. En contraste, el encanto del libro se abre a nosotros y con un pliegue, pues a la vez el libro mismo hace de manera discreta todo un elogio del perfil bajo en las numerosas secuencias en las que se detiene a pensar sobre el trabajo y las funciones del analista y/o del psicólogo clínico: toda una identidad entre forma y fondo.

Como siempre sucede con una obra valiosa, hay muchas maneras de leer este libro. De hecho podría empezarse por cualquiera de sus tres partes, por cualquier capítulo de ellas, se podría leer en desorden, mezclando las barajas al azar. No parece haber una secuencia necesaria desde el punto de vista de alguna lógica. Otra manera posible es pensarlo como una serie de cuentos cortos, reunidos por una actitud común. Otra manera aun es leerlo teniendo en cuenta que el autor no está gobernado por la fantasía de explicar todo lo que escribe, de proporcionarnos todas las claves psicoanalíticas del caso; antes bien, nos propone que intervengamos con nuestros pensamientos y haciendo nuestras propias síntesis, todo eso sin olvidar otra virtud que no quiero saltar: como lo proponía Winnicott, como lo hemos tratado de hacer a nuestro turno, este texto está pensado desde la salud y no desde una concepción reductora psicopatologisante. Haciendo pie aquí y allá, en diversas páginas, es posible inferir toda una conceptualización en acto, muy clínica, de lo que es legítimo pensar como salud. Esto también hace a la luminosidad que se desgrana al ir leyéndolo.

Solo le pedimos a Steckler que no vuelva a perseverar en la demora y que tome impulso en este libro para el próximo.

Introducción

Me gustaría decir que casi por un capricho deliberado surgió sin proponérmelo este libro. Lo cierto es que desde hace mucho tiempo –más aún, creo que creció conmigo– vengo pensando en escribirlo. Me he detenido no pocas veces en la cuestión del sentido. Por qué hacerlo..., otro texto..., hay tantos..., cuantos más..., interminables..., incontables. Confieso de entrada que debo a mi amigo R.¹ el impulso de embarcarme en semejante trabajo. Por supuesto que no se trató de un comentario al paso, sino más bien de una provocación diseminada a lo largo de muchos años de compartir algunos espacios, pero por sobre todas las cosas, de su acompañamiento sensible a la distancia prudente, de aquel que brinda sombra –generosa y oportuna– en dosis siempre amigable, como para resguardarse cuando la cosa quema y pica; nunca más oportuno que esa idea de la *no presencia* para dar cuenta aquí de la cualidad con la que prefiero evocarlo.

Respira entonces en mi escritura aires rodulfianos, la lectura insistente de sus textos continúa inspirando un retorno recurrente a mis tiempos de infancia. Niñez algo solitaria pero a su vez poblada de jugares más que potenciales que hoy suelen nutrir silenciosos –lo sé por lo bajo desde mi vivo recuerdo– mi zona de juegos casi siempre latente a la espera de la ocasión *del* encuentro, acontecimiento clínico si lo hay, tan genuino como sincero... eso de encontrarse *con* el otro *para hacer juntos* que

1 Ricardo Rodulfo. Prefiero comenzar por mencionarlo de este modo como suele firmar en sus emails más personales. Sus textos, sus ideas, su modo de pensar, se ha entreferado de modo tal en mi vida que será posible verlo insinuar en diferentes lugares de este libro.

algo diferente ocurra; con otro paciente, pero también otro colega, un otro escuela, un otro alumno y así infinitamente la lista nunca acaba... Pasión por la diferencia y por la alteridad con la que cada otro me convida... vengo aprendiendo con los años, el sol, la lluvia pero también el barro (me encanta meter los pies en el barro creyéndome despistado), que de lo que se trata en ese vasto territorio del *espacio terapéutico* es de hacer lugar a eso que viene del otro y que dedicándolo casi como un señuelo, provoca causa y disposición a ofrecer el juego. La hospitalidad de la transferencia, a mi entender, es *cualidad de posibilidad* que configura un sesgo por el que Derrida anima con la pregunta por el extranjero, “¿será condición hacerle hablar nuestra lengua para permitirle entrar a nuestra morada?”, un acceso que funda casi al mismo tiempo –siempre que la cuestión suene afinada– un lugar para detenerse precisamente habilitando que algunas cosas encuentren ocasión y se produzcan...

Ese discurrir de cosas que pasan, que de algún modo pueden leerse como producción de diferencias, atraviesa y se deja atravesar por el testimonio vivo de los textos que casi ya no me pertenecen y que seguramente cuando concluya, se habrá alejado lo suficiente, incluso, para provocarme en ocasiones la vacilación ligera de mi reconocimiento en ellos. Mantengo para con la escritura una relación profunda de gratitud, desde el comienzo la entendí no solo como modo sino especialmente lugar de ligadura de aquello escurridizo que entreverado en la clínica impacta y enciende, incluso, emociones de las más recónditas. Un modo de hacer pero también un lugar donde poner –creación mediante de un gesto inédito–, porque no se trata tanto de aquello que la escritura expresa como sí, de aquello que *inscribe* produciendo en su reescritura un nuevo texto..., presento en este caso una docena de escritos emergentes de mis últimos veinte años de trabajo, desparramados en una espacialidad heterogénea donde ensayo mantener invariante y en tensión el deseo de mostrar un modo posible de concebir la clínica que incluye la dimensión del *error, la duda, el tropiezo, la vacilación* como parte del trabajo de un analista y, a su vez, el compromiso en los pequeños detalles, las *microescenas*, situaciones de la cotidianidad del consultorio

y también de ese *más allá* al que el trabajo psicoanalítico con niños convoca; ese tramo de la dimensión de la realidad en la que no pocas veces se debe intervenir y que se sabe, encadena efectos en la subjetividad del paciente.

Lejos mi intención es la de hacer jugar aquí una experiencia clínica que deje ver *decisiones decisivas*, efectos subjetivos extraordinarios, revelaciones nunca pensadas, intervenciones que permitan una modificación radical de la vida de los pacientes..., más bien me inclino por cierto gusto a las historias *míni-mas*, situaciones de la intimidad de la transferencia que me han permitido *sentir* que algo diferente en *ese* momento entre nosotros –paciente y analista– acontecía y que a su vez, y no solo por condición de novedad, inscribía un valor subjetivo diferencial para ese paciente. Instantes muchas veces fugaces, que en cada ocasión me ha lanzado a la escritura y al texto revelando ante mis ojos una genuina *intertextualidad*; entretejidos sin bordes claros con relación a referencias teóricas consistentes donde aliviar muchas veces mi incertidumbre clínica, y apertura a la dispersión de ideas y producciones por materiales diversos, combinaciones interminables de voces, trazos, jugares y mucho pero mucho desparramo subjetivo que invitaba casi todo el tiempo a desarmar, desmontar y explorar de qué estaba hecha cada producción que encontraba en ese lugar, una espacialidad donde mostrarse y provocarme.

La pasión por la historieta y el humor gráfico creció conmigo enredada en jugares sin tiempo alrededor del limonero del fondo; será por eso que tantas veces me pregunté por aquel niño del dibujo, revelado ante mis ojos en el estudio de Marisa Punta (1992) convidándome una vez más al desmontaje de mi punto de vista; reinscribiendo un lugar original desde donde volver a *mirar*, no solo la gráfica, sino más aún todo el *asunto* clínico que se despliega ante mis ojos; suspender las pretendidas certezas a la que los “buenos” sentidos están acostumbrados, y hacer una pausa –soportando la espera–, se constituyen en dos condiciones decisivas para la apertura a la diferencia, que me acompañan y me ayudan cada día a sentirme vivo, en la medida que me

dejo sorprender por ese gesto subjetivo impensado que llega tantas veces irreverente.

Recuerdo aquí a un niño de 5 años –algo hiperactivo, incluso alcanzado por cierta generalización diagnóstica– cuando aquel día me sorprendió al abrir la puerta del consultorio, con una macetita en la mano, suplicando “vacaciones” porque estaba agotado de venir a sesión y ya estábamos en diciembre... La ternura con la que se presentaba moderaba lo que podía ser leído como manipulación extorsiva, sin embargo, su tonalidad afectiva y lo que comunicaba más allá de sus palabras, decía otra cosa.

Modos de mirar, caminar, de disponerse a jugar, en definitiva, de *ir entrando* en la escena me han revelado que el entonamiento afectivo (Stern, D., 1991) habilita una condición facilitadora para la apertura de un espacio de juego, la idea de tono introduce una cualidad musical que se acerca a esa imagen del músico que *se agrega* a la sapada que está sonando en tanto busca el tono para que su incorporación se ensamble de modo estético y posible. Por otro lado, conviene recordar que el campo semántico se constituye en clave musical, el bebé comienza una laboriosa inscripción del sentido de lo que escucha a partir del modo en como la madre le habla; se trata de *eso* presente en lo que se dice, que está allí en la dimensión de la voz, al modo de un suplemento que permite la presentación de una cualidad de afecto. En esta perspectiva, la madre comunica su estado afectivo en la tonalidad musical con la que le habla a su bebé.

Esta dimensión particularmente cualitativa de los entonamientos afectivos recorre cada uno de los capítulos, donde la escritura ensaya la ligadura de diversas situaciones clínicas experimentadas en distintos espacios. El trabajo en el consultorio, la intervención en el espacio escolar, la supervisión y sus interrogantes, la construcción de la transicionalidad en el jardín de infantes, el lugar de los padres en clave terapéutica, la pregunta por el valor terapéutico del jugar... son solo algunos de los territorios a recorrer sostenidos en la necesidad persistente de interpelar la propia práctica en el sesgo de las intervenciones, desasnándolas, buscando su descomposición e insistiendo consecuentemente en los tropiezos que el ejercicio cotidiano de

una profesión que amo, me ha permitido generosamente experimentar...

Tiempo de gratitud entonces –en la medida que voy cediendo el texto que aquí presento–, recuerdo mis inicios en educación especial transitado en decenas de escuelas y cargos hasta el equipo orientador escolar del nivel inicial donde tuve la oportunidad, durante más de veinte años, de convivir a diario con muchísimos niños que me permitieron aprender *con* ellos en la medida que me ocupaba de la detección temprana de patologías del desarrollo que pudiesen interferir de algún modo en los aprendizajes.

La experiencia me empujó al trabajo interdisciplinario *cotidiano*, pero por sobre todas las cosas, a una interrogación permanente de mi propia práctica, casi en simultáneo fue llegando la Facultad, mi querida Universidad de Buenos Aires, y la cátedra: Clínica de niños y adolescentes; donde de modo gradual y transicional me fui embadurnando de materia rodulfiana. Recuerdo atrevido cuando al final de una supervisión le pedí a mi querido y añorado Adrián Grassi si podía acercarle un texto propio (Steckler, 2000) a Ricardo Rodulfo para que considere su publicación en una revista que el mismo dirigía. Solo un día después Ricardo me agradecería el texto por teléfono y me invitaba a formar parte de su cátedra. Después vino el Hospital Garrahan y su querida sala de juegos; el convite resultó ser de Griselda Splivalo, otra de mis compañeras entrañables, quien se animó invitándome a iniciar la supervisión quincenal de la sala, a ofrecerme un espacio verdaderamente potencial donde aún hoy mantengo activa la pregunta: *¿qué tiene de terapéutico jugar?*, y que da nombre a uno de los capítulos de este libro.

Durante los últimos años, la mano generosa y amiga de Marisa Rodulfo me ha invitado a participar en el seminario *El dibujar, su estatuto clínico y criterios de lectura* de la carrera de posgrado *de Especialización en prevención y asistencia de infancia y niñez* (Facultad de Psicología, UBA) en el que no solo celebro la posibilidad de colaborar en el dictado de las clases sino, fundamentalmente, el productivo intercambio con colegas que interpelan y ayudan a reinscribir nuestra concepción sobre la clínica, siempre

ligada a la polisemia intertextual, habilitando que el jugar deconstruya permanentemente cualquier estudio sobre el graficar, que no parta de una consideración cuidadosas de la cualidad del trazo en sus composiciones y recomposiciones.

Por último y en la intención de abrir un juego que no cese, convencido de que la clínica al inscribirse se vuelve relato, aquí va en lo que sigue, mi trazo.